

## ENTREVISTA CON CARLOS OLIVA

*Por Mariela Cuervo*

Carlos Oliva (ciudad de México, septiembre de 1955) realiza el postgrado de Filosofía en la U.N.A.M., donde imparte una cátedra de Ética. Fue becario del Taller de Poesía del I.N.B.A.L. (1976-77). Obtuvo el segundo lugar en el Premio Nacional de Poesía Joven 1979, y mención en el Premio de Poesía Carlos Pellicer para Obra Publicada 1980. Ha colaborado en revistas literarias, suplementos culturales y volúmenes colectivos. Sus poemas aparecen en varias antologías recientes. Cofundador de las revistas *Zona* (1978) y *Sin embargo* (1981). Ha publicado los libros: *Un lance de adagios jamás abolirá el azar* (1979) e *Insomnios de su emigmática desaparición* (1980). Este año aparece: *El dolor del ojo luminoso en su osadía* (Ed. Signos).

M. C.: *La Poesía es sencilla o compleja, ¿cómo es la tuya?*

C. O.: En efecto, hay una poesía más difícil que otra, pero sin que ello sea índice de calidad: un poema relativamente sencillo como puede serlo un *hai-kú* vale tanto como un poema hermético de Góngora. Y digo *relativamente* porque llegar a obtener una sencillez poética por lo general es difícil: no deja de comprender un proceso de destilación verbal y semántico tortuoso, si también placentero. De aquí que sea lícito hablar de una difícil sencillez aun cuando en todo caso domina la complejidad, en la aprehensión y en la hechura de la obra poética así concebida.

En cuanto a mi poesía, no recuerdo haber creado un solo poema (al margen de su valor artístico) en el cual no hubiese estado presente la dificultad; y por lo que respecta al grado de complejidad al o para captarlos, no me toca a mí decirlo; aunque mucho me temo que, así como tengo poemas que se viven con cierta facilidad, del mismo modo tengo otros (no menos importantes o relevantes si se me permite señalarlo) más difíciles de padecer: todo depende, creo, del placer o estupor que causen; del fértil y exaltante asombro o del removimiento afectivo que produzcan.

De cualquier forma, coincido con Lezama Lima, en el sentido de que “solo lo difícil es estimulante”; y es que un poema, entre más cifrado esté, por ejemplo, es más intenso: dan más ganas de abrirlo (de seducirlo), de asirlo, y transformarse en él. En mi poesía no es que busque tanto la dificultad deliberada, sino que me es inherente, es mi misma expresión que persigue su propia poeticidad desde lo más profundo de mi vida interior y mundana. Sólo la auténtica dificultad vale. Ignoro hasta qué punto sea alentadora mi expresión dificultosa (de una persona silenciosa, tímida, despistada y medio loca, como me confieso desdobladamente en uno de los poemas de *Insomnios*. . .), pero de una cosa sí estoy seguro: me es natural y difícil como natural y difícil le es a los niños o niñas exclamar: “¿es que tus labios sienten mis labios?, ¿es que te sienten mis labios tus labios?, ¿qué son tus labios que te sienten con mis labios?” Una expresión metafísica de tan carnal que busca indagar su sentido a través de su sonido, sonido poético, es decir, silencioso: mi callada y difícil expresión (buscando o emergiendo su poeticidad) es tanto más compleja cuanto más desea manifestar el otro lado de la realidad, igualmente compleja. Creo e intento crear, en este sentido, una poesía, sí, compleja y perpleja, en la difícil y hasta inconmensurable medida que la inauguración de una nueva manera de hablar (la poética, la genuina) lo permita. Y sólo lo imposible vale la pena. Una complejidad poética que implica una expresión mágica, misteriosa, secreta, subterránea, enigmática; tópicos todo ellos órficos. Una expresión que es sólo posible cifrar en una forma de vida religiosa, junto con otras solitarias, exaltantes y melancólicas amantes.

M. C.: *¿Por qué se te ocurrió hacer poemas de lesbianas?*

C. O.: Bien, poemas de, que no sobre lesbianas: son una serie de monólogos, que adquieren la dimensión de un diálogo singular y universal, con una expresión, si se quiere, de la que hablábamos antes. Yo quería expresar la naturaleza humana cuando menos en uno de sus límites, por lo que me encontré con el de la lesbiandad, como manifestación de uno de los extremos de la humanidad. Llega un momento, entonces, en que lo que menos importa es la condición lesbiánica, para ponerse de relieve en y por la poesía personal de Yunnia y Jannes —como se llaman mis personajes—, los sentimientos de soledad, vacío, maldad, angustia, temerosidad, ternura, junto con los estados de ánimo (del alma) de su capacidad lúdica, libre y rebelde: en una sociedad tan puritana, conservadora, moralista y represiva como la nuestra, la subversión amorosa que encarnan estas muchachas resulta sumamente rebelde: va en contra de lo establecido, de las buenas costumbres; con su sola actitud humana y creadora (o poética), niegan y reniegan (aun sin proponérselo: con naturalidad, en silencio y en secreto) de toda norma, falsedad o artificio que las hostiga; tergiversan la realidad ordinaria hasta convertirla en extraordinaria, en el milagro de estar vivas cada día, creando sus propios valores, en y con una vida y sensualidad donde la imaginación es la única rigurosidad. En esta perspectiva donde el amor y la poesía son principios subversivos por naturaleza, participo de ellas, de sus particularidades, me ligo a sus emociones y depresiones, a su sensualidad descabellada: a sus absurdos y contradicciones, a su desolación y desesperanza, también a su marginamiento urbano; a sus tormentos; a su Romanticismo; a su fe poética; a sus deseos prohibidos; a su existencia inconclusa y creativa (estética). Me religo a ellas en mudos vasos comunicantes: han nacido de mí y a ellas vuelvo y me adentro: me siento vivo al sentirlas y vivirlas. Desde su interior me veo mirándolas: las siento mirándose en mí. Padecemos las mismas fatalidades, disfrutamos los mismos instantes placenteros, las mismas ansiedades; compartimos

el mismo misterio del mundo natural, los mismos enigmas de la realidad: el ser poetas. Cuando reinvento el amor con la compañera de mi vida, el alma se transforma a tal grado (como en la alquimia verbal y como entre los niños o niñas), que formo parte de ella y ella comparte mi vida interior y exterior: ambos somos andróginos. En un poema en prosa, todavía inédito, escribo, refiriéndome al recuerdo de un poema soñado: "Tú lo veías pasar por tu único ojo que baja de tu vientre a posarse en la desembocadura de tus piernas; nos hacía abrazarnos por una atracción quién sabe por qué extraña en el instante en que me mirabas y no me reconocías, sólo decías que tú eras yo y yo era tú". En una entrevista con Rita Gibert, Octavio Paz afirmó que "los hombres deberíamos ser más femeninos y las mujeres más masculinas". Creo que tiene razón. Recuerdo también la respuesta de Gustave Flaubert cuando le preguntaron que quién era Madame Bovary: dijo que Emma Bovary era él.

M. C.: *¿Qué tipo de solidaridad existe con tus personajes?*

C. O.: Desde luego: con mis personajes existe una complicidad parecida a la de con mis amigas las lesbianas, que se adivinan por lo demás hermosas a fuerza de sensualidad natural y profundidad espiritual, desde donde nos son reveladas las verdades poéticas con una intensidad inusitada y hasta insólita (de tan mundanas), por venir justamente de dos seres únicos, excepcionales, que captan la realidad con una individualidad original, sin otra renovación existencial y creativa que la que se posibilitan a sí mismas, abriéndose a lo que precisamente están entregando: la vida. Haciendo del canto su *modus vivendi* ante toda oquedad que las pudiese ahogar y frente al hastío que cada vez es más dominante. Los poemas, sus *adagios*, son extraños: no se parecen a la obra de algún otro autor o autora. Son tan raros como la autonomía de quien les insufló alma, una alma endemoniada: recuérdese el *daimon* órfico, pitagórico o platónico.

Con respecto a mis demás personajes, también son parte de mí mismo: son cuerpos y espíritus (ánimas corpóreas) en los que me he duplicado. Una persona, si en verdad lo es —no como los dictadores o cualquier otro instinto represivo—, es varias personas, diferentes y análogas entre sí. Mis personajes son otros aspectos del mismo Carlos Oliva, sólo que con diferente nombre: la despersonalización es una forma de personalizarse. Mi individualidad se plurifica en la pluridiscencia de mis personajes igualmente pluridiscentes; es una forma de ser con el mundo y de sentir la vida, no nada más en cuanto a una especificidad singular, sino también en cuanto atracción y concentración de otras geografías y altitudes: de otras sensaciones y percepciones. Lo singular universal. También en tanto que una manera de experimentar nuevas e inéditas emociones, de inventar realidades, propias y de mis semejantes. En alguna ocasión Albert Camus declaró que él era un "solitario / solidario". Pues bien, la complicidad con mis semejantes, la identidad con ellos es tan estrecha, que adoptan actitudes, hacen cuestionamientos, exponen preocupaciones y conflictos míos, es decir, propios: hablan por sí mismos.

M. C.: *¿Crees en la verdad poética o en la alteración poética de la realidad? ¿Las dos cosas son lo mismo?*

C. O.: Se trata de que con un signo, un gesto, un símbolo, una exclamación, un silencio, una sonrisa, un poema, un temor, se revele el rostro oculto de la realidad, el auténtico, por muy cruel que pueda ser; se trata de que, a través de la poesía, se afirme la vida: el amor. Al igual que en el instante orgásmico, con y en el poema tenemos que tocar, fugazmente, el absoluto; se nos debe

de velar, tanto en la experiencia poética como en la vivencia mística, el mundo genuino, el cual, no obstante, debemos de penetrar con todos nuestros sentidos corporales y almáticos, para que, al fin (sin ser el final), conozcamos: la poesía, junto con Wordsworth, Colerige y nuestra imaginación, como una forma de conocimiento. Por medio de la poesía se descubre la miseria de la especie humana, aunque también su grandeza. A través de nuestra experimentación con lo sagrado se nos devela la profundidad humana y mundana: se nos entrega, al entregarnos, la realidad sensible y fenoménica.

Así, el arte poético, que es una manera de sobrevivir, es revolucionaria por excelencia: tiene una capacidad de transformación inusitada, inaudita e insólita. Y esto es lo que no soporta la gente: no le gusta que la saquen de sus casillas, que le muestren que dos más dos no son cuatro. Los más, los comunes y corrientes (la gentuza), entre más homogéneos, lineales y racionales sean, más detestarán la poesía: más daño la poesía les hará.

La poesía, con su sola ciencia del espíritu, transmigra el mundo con una pasión y un conocimiento comparables a las de otras ciencias, porque si la poesía, desde Orfeo (siglo VI antes de nuestra era) hasta nuestros días, es la unión de lo inteligible con lo sensible, de lo emocional y racional, lo menos que se puede intentar es buscar el justo equilibrio entre lo sensual y lo mental, lograr el punto arquimédico, sintético y totalizador, que es el poema, entre el cuerpo y la mente, aun a sabiendas de que es imposible: esta es la ironía de la vida. Porque es imposible volar es que hay que volar. Las desventajas son posibilidades. Nos estamos muriendo a cada instante, y no bien, apenas hemos alcanzado, con una difícil sencillez, ser en la existencia de alguna realización, cuando ya es menester volver a empezar y cultivar: vivir y escribir. Creer.

Ahora bien, al crear, tan fisiológica como voluntariamente, un poema, una clave, un placer, una pausa, un exorcismo; lo que mencionábamos al inicio de esta respuesta, tal creación poética tiene y debe de comportar una singularidad irreductible a otras prácticas estandarizadas, pues de no serlo, las actitudes, gestos, palabras, etc., corren el riesgo de formar parte de la generalización y, con ello, su derrota. Antes bien, hay que pro-vocar (vocación de crear y re-crear) nuestra voz y nuestro mutismo más naturalmente personal: ser fieles a nosotros mismos, siempre y cuando sea en la auténtica transversación, en la clara per-versidad de la poesía.

Por lo demás, dice Kierkegaard: "Hay que ser objetivo consigo mismo y subjetivo con los demás". La "subjetividad es verdad, subjetividad es realidad". En mi intro-versión está mi angustia: la verdad y la alteridad poética de la realidad a través del cualitativo *saltum mortale* kierkegaardiano. La liberación cautiva de la realidad es la liberación cautiva de mi realidad.

M. C.: *¿Consideras la tuya como una poesía erótica o sensual?*

C. O.: Creo que la realización de un poema es ya de por sí un acto amoroso, un don: al menos en el caso de mis textos: rinden un culto tácito a Eros. Aunque en muchos de ellos domine el odio, esta ira forma también parte del amor: *eros* y *thánatos* dándose la mano. No existe la vida sin la muerte. Incluso, la ferocidad que contenga un poema es también una manera de patentizar afecto: todo depende del sentido que se le dé a la iracundia. En lo personal, casi siempre procuro que en cada acto que realizo en el poema —y toda poesía es biográfica—, por muy arrebatado que sea, lleve implícito cierta dosis de sensualidad; y esto, por la sensualización de la vida, por el placer de estar vivo. Trato de recuperar y mantener la tenaz voluntad de metamorfosear, en virtud de la poesía, cualquier realidad, aparentemente muerta, en un

ente sensualizado y sensualizante; me arriesgo por tener la capacidad de sensibilizar y sensualizar el universo y todo cuanto me rodea y lo que no me rodea (porque lo tengo adentro: el cosmos apetecible, devorable): la materia de mis poemas y sus realidades temáticas, empezando por el lenguaje, aspiran a ser sensuales; a sentirse, mi poesía, mágica y enigmáticamente sensual, aun cuando muchas veces no se entienda o comprenda: se distiende y se contrae y se repliega, y si su metafísica se siente, qué bueno: incito y excito el mundo, la vida, por y en la poesía.

Pero claro, mi poesía erótica se concentra (centro sagrado) en aquellos poemas donde se hace tangible la imaginación en la unión de los cuerpos desnudos mental y físicamente, compenetrándose, reconcentrando y abriendo sus existencias, anulando el mundo comercial y tecnificado, necrofílico y miserablemente masificado. Aunque también represento, en algunos de mis poemas, los accidentes sexuales: el coito interrumpido, la impotencia o la eyaculación precoz, por ejemplo: de donde, correspondientemente, resultan unos textos fallidos. Ya sugería Kierkegaard que había que hacer, del fracaso, un acto creativo. De todas formas, el erotismo (mutismo viviente) tiene enormes reverberaciones: todo por la poesía viviéndola amorosa, eróticamente, sin la cual no existe ni el goce ni el placer.

M. C.: *En tu poesía hay constantes referencias a la locura, ¿por qué?*

C. O.: Considero que en cualquier posesión espiritual hay cierto grado de locura, así digamos en el trance que se sufre al escribir un poema o en el encuentro con una mujer con quien se padece una atracción apasionada: existen diferentes locuras, todas ellas benignas. A todas ellas Erasmo de Rotterdam les dedicaría un tratado: *Elogio de la estulticia*. En mi poema en prosa que abre *Insomnios*. . ., que se titula precisamente "Elogio de la locura", y que como observa Miguel Donoso Pareja, es una especie de *ars* poética, se advierte ya cierta forma de obsesión existencial, dentro de un orden gótico (lluvia, empedrado, soledad, bufanda, cabello largo, andante. . .) en correspondencia a la obsesión rítmica y significativa del escrito. Y el último poema del libro lo acaba escribiendo un "Idiota o loco" (una de mis duplicaciones: ¿esquizofrenia?, ¿paranoia?, división de la conciencia, del "yo dividido" como diría el antipsiquiatra Laing), en donde se acentúan las obsesiones del autor (o autores); *obsesiones* que en definitiva no alcanzan un estado psicopatológico, antes bien: se suceden en un sentido creativo, tan vital como artístico. Así como hay esta clase de obsesión, hay diferentes clases de locuras en tanto que diferentes formas de neurosis. Pero en los sótanos de mi anegada existencia de hastío y fantasmas, donde fluyen los líquidos tenebrosos del delirio (la sangre flameantemente congelada y extraviada en el deseo) que me mueven e impulsan a cometer suculentos siniestros, se acomete la demencia, hasta que emerge mi puro inconsciente, como en los sueños o pesadillas, sólo que aquí es en la vigilia y en las tinieblas de mi ser desgarrado de las que ya no puedo dar cuenta, porque como nos advierten Platón y Freud, el inconsciente equivale al olvido, y uno de los poderes de la poesía es el absurdo y el sinsentido, sólo que en mí —y esto no es un grato recuerdo— sí ha acontecido la locura, o sea, el *olvido* de sí mismo, por completo y quién sabe durante cuánto tiempo: pude estar ya muerto, sin siquiera haberme dado cuenta, o incriminado a alguien, un alguien que lo más seguro halla sido yo mismo. En efecto, varios de los que yo soy están locos, algunos no tanto como otros: a ver quién gana dentro de toda esta pugna (*Eris*, dicen los griegos). Por lo pronto, me he salvado en parte de los electro-shocks y de esas chingaderas (polizontes merodeadores asaltantes), y aun con mis equi-

vocaciones (en mi pacto con el diablo donde no he perdido el alma), como el ave fenix, he renacido de mis propias cenizas.

M. C.: *¿Influyeron los sucesos del 68 en tu poesía o sólo es una referencia?*

C. O.: El 2 de octubre de 1968, cuando el gobierno mexicano mató a los estudiantes, yo tenía un mes de haber cumplido los 13 años; era la época en que se me revelaba el principio del placer, las crisis espirituales y la conciencia del recuerdo: empezaba a escribir poesía entre la soledad y la lluvia, angustiado. Empezaba a hacer visible mi anormalidad y a leer las claves de las tardes pasionales; dejaba el balón y me internaba en geometrías mucho más peligrosas a las que me iniciaba un nuevo juego de esfera: el front-tennis. Prolongaba mis juegos acuáticos y mi silencio. Mi poema, "Calle Central Dos número veintidós departamento tres", es totalmente autobiográfico: vivía yo al borde del movimiento del 68 y naturalmente que me marcó. El texto no es muy bueno, pero su valor radica en su neta confesionalidad. Ahora estamos entre una guerra perpetua (fascista, técnica y todo) y el poeta tiene que resistir y responder entre tantas ruinas: corroborar al pacifismo.

M. C.: *¿Tu poesía se rebela contra lo establecido? ¿Existe cierto resentimiento?*

C. O.: Mi poesía se rebela contra todo aquello que atente la vida: contra la carrera armamentista, contra el quebrantamiento del orden ecológico, urbano y rural; contra la contaminación de la atmósfera; contra la estupidez del capitalismo y la usura; contra las plantas nucleares; contra el implantamiento de la pobreza material y humana. Esto, que puede sonar escandaloso, y que en verdad lo es: soy un anarquista decadente, tiene su efecto en que, por ejemplo, la guerra de Viet-Nam se terminó, en gran medida, gracias a los escritores y artistas, y si mi poesía, a última instancia, coadyuva a evitar o a hacer habitable el holocausto, para eso estamos. Estoy resentido por todo el embrutecimiento y muerte de la vida, por todo aquello que constantemente está destruyendo el alma sensitiva; por todo aquellos que quiera coartar la libertad y mi fáustica sonrisa: mi nihilismo no deja de afirmar nuevos valores.

M. C.: *¿En qué medida ha influenciado la música en tu poesía?*

C. O.: Entre otras manías kafkianas, soy un melómano; la música me ha influenciado tanto, que ha llegado a formar parte del ritmo de mi existencia, de mi manera de hablar, de callar y, por lo tanto, de escribir: mi poesía es consubstancial a la musicalidad. Hay que recordar que, entre más unida esté la palabra con la melodía, hay mayor elevación poética. O como nos dice Pound: "Hay tres clases de melopoeia: versos hechos para ser cantados; para canturrear o entonar, y para hablar. Cuanto más viejo es uno, más cree en la primera".

M. C.: *¿Cómo te ubicas dentro de tu generación y qué opinas de los poetas de tu generación?*

C. O.: Yo no me ubico en ningún lado: estoy fuera de lugar en todas partes. Soy un extranjero en mi propia tierra; incluso, llego a ser extranjero de mí mismo: soy un poeta solitario. Me siento más contemporáneo de un poeta nacido hace una década o hace siglos que de uno de mi misma edad. De los poetas de mi generación guardo simpatía por la poesía de Vicente Quirarte

(sin sus desequilibrios cultistas), de Pablo Arrangoiz (un poco mayor y aún inédito); de otro inédito: Virgilio Torres. Aparte de otros poetas de mi generación que ni fu ni fa, que no me producen entusiasmo alguno o que todavía no han sabido hablar por cuenta propia, tengo gusto por el misticismo y el sentido de la forma de la poesía de Javier Sicilia. En fin, tengo atracción por la tempestad y el júbilo, si pertenecen a una poesía silente.

*Villa de Santa María de Yera,  
Fortín Chimalistac, abril del 82.*

